

Isbiransa

Aniceto era un hombre al que el tiempo le había hecho un ser solitario del que, los pocos vecinos temporales, huían debido a su iracundo carácter marcado por el tiempo. Aniceto conservaba un pequeño rebaño del que se ocupaba todos los días y que era por el que encontraba cada mañana fuerzas para levantarse, invertía todo su tiempo en ese rebaño. Tiempo que, sobre todo en los meses de invierno, se hacía eterno.

Aniceto nació en el pueblo del que nunca quiso marchar. Se negó a abandonar su forma de entender la vida marcada por las necesidades que, en cada momento, precisaban tierra y animales para completar ciclos.

La primavera se habría camino, el trino de los pájaros había cambiado y anunciaba una nueva estación. La luz de los días duraba más y Aniceto llevaba su rebaño a pastar cada tarde. Disfrutaba de las estampas que cada atardecer le regalaba y que le hacían recordar otros tiempos en los que, en su vuelta al hogar, no faltaba gente en el camino que se interesaban por esa oveja preñada, esa tierra yerma o la forma extraña en la que Aniceto caminaba dando la sensación de que cojeaba.

Aquella tarde Aniceto salió de sus recuerdos alertado por el balar de la Milana, una oveja Merina que acababa de parir. Aniceto se acercó al risco en el que se encontraba la Milana que no paraba de hacer movimientos erráticos, de un lado al otro, al tiempo que giraba la cabeza en busca de Aniceto. Parecía como si Aniceto y Milana mantuvieran una conversación:

- bahh
- ¡tranquila Milana!

- bahh.

Al echar la vista abajo Aniceto comprobó que el corderillo había quedado solo en la pequeña depresión que formaban aquellos riscos. Aniceto, ayudado por su bastón, intento bajar hasta el cordero al tiempo que fue siendo consciente de la dificultad que tendría al subir con el cordero en brazos, sin la ayuda del bastón que le sujetaba y minimizaba la dificultad que tenía para andar, debido a su cojera provocada por la falta de cura de una mala caída. Aniceto le repetía una y otra vez a la Milana que se tranquilizara hasta que dejó de hacerlo. Rendido y asumiendo que volvería a casa sin el cordero y sin la Milana, que con toda probabilidad, no dejaría a su cordero solo.

Una voz suave con tono juvenil sorprendió a Aniceto;

- “Buenas tardes señor”

escuchó Aniceto y llevo su mirada hacia arriba.

- Me llamo Isbiransa, soy su vecina, vivo dos calles arriba de usted, ¿necesita ayuda?. Aniceto quería responder que sí pero, tantos años de soledad le habían vuelto aún más desconfiado. Isbiransa insistió:

- Déjeme que le ayude, yo subiré el cordero.

A lo que Aniceto espetó;

- ¡Muchacha! No sabrás cómo cargar con el cordero, no podrás con el y yo tendré otro problema más al no poder tampoco ayudarte a ti.

Isbiransa con total seguridad contesto:

- Señor llevo ayudando a mi familia toda mi vida en el pueblo del que venimos y aquí desde que llegamos hace ya un año. Soy fuerte y estoy acostumbrada a trabajar con el ganado.

Isbiransa cargo el cordero en sus hombros, al tiempo que ayudaba a Aniceto cogiéndole del brazo y sirviéndole de apoyo para la subida. Ya de vuelta al pueblo Aniceto pregunto a Isbiransa de qué pueblo venia, dónde estaba y como criaban y cuidaban del ganado allí.

Al llegar a casa de Aniceto y despedirse Isbiransa le dijo:

- Venga usted mañana a casa y así conocerá al resto de mi familia.

A lo que Aniceto contesto;

- Puede que lo haga...

Aquella noche Aniceto se alegro de la llegada de aquella familia que le había proporcionado ayuda, conversación y compañía aquella tarde de primavera.

Al día siguiente Aniceto se acerco a casa de Isbiransa, llevo una botella de vino de la zona en señal de agradecimiento, ignoraba que profesaban una religión que no les permitía tomar vino pero, no le quisieron hacer un feo y aceptaron aquella botella. La madre de Isbiransa había preparado un rico tajine de cordero, cuyo aroma invadía toda la cocina.

- Quédese a comer con nosotros, exclamaron casi al unísono la familia al completo, al tiempo que el padre de Isbiransa le ofrecía una silla para que se sentara.

- Gracias pero, no quiero molestar, solo me he acercado para agradecer a Isbiransa la ayuda de ayer. Si no hubiera aparecido hoy tendría un cordero menos, contesto Aniceto.

- No es ninguna molestia y no tiene nada que agradecer. En realidad llevábamos tiempo queriendo hacerle saber que estamos aquí, que somos sus vecinos y que aquí nos tiene para lo que necesite.

Aniceto se sentó en aquella silla ofrecida y acompañó aquel magnifico guiso con la botella de vino que había llevado. Comieron, charlaron y rieron durante una agradable sobremesa.

Aquellas calles que habían quedado en silencio, con casas cerradas y voces apagadas, volvieron a tener el sonido del día a día:

- Buenos días Aniceto, ya vas a la tarea? Parece que hoy tendremos buen día, pásate luego y pruebas el queso que hemos curado.

Poco a poco Aniceto se fue volviendo menos desconfiado, iracundo y solitario, prácticamente se convirtió en uno más de aquella familia asentada en el pueblo. Aprendían los unos de los otros, desde cómo hacer nudos hasta aderezar comidas, pasando por aprender y compartir compases de unos palos sobre la mesa compartida, los silbidos, las canciones, las danzas y las tradiciones que cada uno de ellos añoraban. Siempre había algo que celebrar juntos, que les servía de excusa para pasar tiempo juntos, desde una navidad hasta la fiesta del cordero, desde la pascua hasta el fin de un ramadán. Siempre había algo sobre lo que reflexionar, desde un sermón de domingo hasta una azora. Siempre había algo sobre lo que coincidir, la oportunidad de compartir la vida rodeados de personas que enriquecen nuestra experiencia vital mostrándonos lo hermoso de sus tierras, sus culturas y sus tradiciones, al tiempo que comparten las nuestras con nosotros.

Aniceto y Isbiransa eran distintos pero, también eran muy parecidos, compartían pasión por la tierra y por sus animales. Aquella puesta de sol de aquella tarde de primavera les dio la oportunidad de mostrarles que todas las culturas tienen cosas en común, que compartidas y respetadas hacen que nuestro día a día sea mejor, en definitiva que, la diversidad de culturas hacen de este mundo un lugar mejor, más amable y más humano.